



Papeletas

Sí sabe/Sí contesta

Muy bueno lo suyo, don Leopoldo. Este señor, oye, Calvo-Sotelo, ganó anteayer la mitad de las elecciones del 83 con el basto, rústico y tosco procedimiento de contar lo que sabe. No sé dónde vamos a llegar. Aquí es que, claro, cuando un Gobierno ha salido, en los dos últimos siglos, a dar explicaciones, se le veía crecer la nariz y salir manchitas blancas en las uñas, cosa mala. Sobre todo, oye, es que para mantener las calderas del Consenso conseguimos crear un sistema político y social basado, como decía Peyrefitte, en la desconfianza. La maligna planta de La Duda cubre nuestras fachadas, y aún no hemos descubierto el segundo apellido del *Micoplasma Pneumoniae*, cuando nos tenemos que poner a buscar el de El Hombre Bien Vestido de Perpignan. Nos llevan a ciegas de la Neumonía Atípica al Asalto Atípico; de la matanza de Atocha, a la de Almería; sin explicarnos, come y calla, por qué se fue Suárez, se echó a Gabilondo y cómo se rescató a Rupérez; sin saber el precio del consenso, el coste de la Constitución, el novio de Carmen Maura, quién pactó con Tejero y quién mató al Comendador. Nuestro espacio histórico está lleno de agujeros negros, y nuestras democracias acaban siempre rompiéndose por los eslabones perdidos del silencio administrativo. Toda la Transición ha sido un vía crucis de dudas, y hemos almacenado material para abrir el Gran Museo de la Desconfianza Nacional. Y si, hasta ahora, preguntabas a El Poder: oye, Poder, macho, dime; El Poder te respondía lo de Kissinger: «No he entendido su pregunta. ¿No ve que estoy con la Razón de Estado?» (Por cierto, no es por nada, pero el Kissinger, cosa mala el tío en gafe: la primera vez que vino, mataron a Carrero; la segunda, ingresaron a Don Francisco en el Hospital, y ahora, ya ves, nos coge con los rehenes en la masa.)

O sea, hasta anteayer, El Poder metía las

malas noticias bajo el pico de la alfombra. Una capa de polvo caía sobre las balaceras, las dimisiones, los pactos secretos, los rescates, las crisis, y ya si estaba algo del Ejército por miedo, a El Poder le entraba la mudez y sólo te dejaba ver la Historia a través del cristal traslúcido del despacho del fontanero o de todos los fontaneros de estos doscientos años. Ahora va este señor, el Calvo-Sotelo, que parece el hombre muy buena persona, y se pone a contar lo que sabe y a echarle a los misterios luz, taquígrafos y «geos». Hasta es probable que haya dicho la verdad. Mientras, algunos de sus ministros y viceministros se van de la lengua para los «Confidenciales», o echan espesas cortinas de humo, o siguen manejando la información, de la que se encargan, como si fuera material radiactivo que no deben tocar —caca, nenes— los periodistas. Calvo-Sotelo ha bajado a las galerías que se han descubierto bajo el suelo de la Democracia. Felipe le sostiene la linterna. «No sé dónde vamos a parar, pero vamos allá.» Es probable que se encuentren en seguida con el 23 de Febrero. Aquí la gente no quiere un Consejo de Guerra para castigar, sino para que nos libere de la lepra de la duda. Si no es para eso, oye, mejor, no. Que no te quepa la menor duda.—Pedro RODRIGUEZ.